

MÉNDEZ BELTRÁN, Luz María, *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina 1800-1840. Caminos, arriería y exportación Minera*. Santiago: Universidad de Chile, Fondo de Publicaciones Americanistas, 2009, 314 págs.

Este libro es un nuevo eslabón en la trayectoria de la autora, con reconocidos aportes sobre historia minera. En esta ocasión centra su mirada en el comercio interno, y de este modo, contribuye con nuevas evidencias a las hipótesis planteadas hace bastante tiempo por autores americanistas de la talla de Carlos Sempat Assadourian que afirmaron que una buena parte de la producción metalífera circulaba en el interior de América. Esta obra esclarece sobre el particular, avanzando en un tema aún no explorado en profundidad por la historiografía chilena ni argentina.

El texto está estructurado en cinco capítulos. En los dos primeros describe los caminos y rutas, tanto aquellos trazados en tiempos prehispánicos como sus posteriores mejoras, ampliación de la infraestructura vial conforme a la demanda ocurrida en los años subsiguientes-. Así como también, se refiere los medios de transporte empleados y los protagonistas de ese tránsito: arrieros y carreteros.

Mediante el empleo de una rica narrativa permite al lector recrear espacios y actores involucrados en ese dinámico tráfico comercial que trascendía la frontera, aquella frontera trazada en las postrimerías del siglo XIX al conformarse los estados nacionales. Sin lugar a dudas, este tipo de estudios posibilita la captación de un pasado más real e integral al abarcar un contexto regional más amplio –ya que las consabidas historias nacionales escindieron ocultando la articulación de sistemas económicos y sociales más extensos y complejos.

La vida cotidiana de los sujetos involucrados en este tránsito, desde los centros mineros a los puertos, su azaroso transitar por las quebradas cordilleranas y la pampa argentina fluyen en las páginas de este libro. Asimismo –aunque puede parecer un dato menor- aclara la distancia de los recorridos en medidas actuales y compara con las rutas empleadas en la actualidad, debido a que la obra ha sido pensada para un público más amplio, no restringido sólo a especialistas. Como así también, la inclusión de mapas e iconografía de época facilitan la recreación del escenario descripto.

En el tercer capítulo, titulado “Las aduanas y el comercio terrestre”, examina las disposiciones emanadas por autoridades gubernamentales para regular el comercio, y contrarrestar los efectos del contrabando.

Seguidamente, en el capítulo cuarto, analiza series cuantitativas que permiten conocer el volumen de este comercio terrestre y comparar con los calculados para el comercio marítimo por la autora en trabajos anteriores, advirtiendo durante este período que el aumento del comercio marítimo operó en detrimento de la exportación terrestre. Sin embargo, se mantuvo el tránsito terrestre –en especial- desde los centros mineros a los puertos.

La interconexión entre los comerciantes del norte del país y los del puerto Valparaíso se observa a lo largo de este período, relacionada con envíos de minerales de cobre y de plata, predominando este último rubro en la década de 1830 a 1840 – que según los datos estadísticos expuestos en el texto, se correlaciona con la producción de Chañarcillo.

Sobre la base de estas evidencias es que la autora define dos momentos diferenciados en el período estudiado. Uno, entre 1800 a 1815, caracterizado por el predominio de la exportación de cobre fundido en barras, y algo de ese metal manufacturado –que en la época se denominó “cobre labrado”–; el segundo, transcurre entre 1831 y 1840 y corresponde a la exportación de mineral de plata procesado en calidad de “piña”, es decir, la plata prensada, y de monedas. También en esa fase se exportó oro, en onzas y en monedas.

Con respecto a la exportación cuprífera, por vía terrestre, los datos procesados revelan que el 96 por ciento iba desde Coquimbo, siguiendo la Carrera de Cuyo –es decir el tránsito transcordillerano por el camino de Aconcagua hacia Mendoza-, con destino final Buenos Aires, de donde era embarcado rumbo a España.

El análisis de los testimonios confirma la mayor importancia de Coquimbo –La Serena- en toda la macrorregión del norte de Chile, con una producción minera consolidada desde el siglo XVII. Si bien, la producción cuprífera de Huasco y Copiapó manifestó una menor exportación por vía terrestre, explicable por las características del terreno, la principal receptora de ese tráfico era la ciudad de Coquimbo. Es así que la mitad de los volúmenes cupríferos de Huasco eran manufacturas (cobre Labrado) –en especial utensilios de cocina y de uso cotidiano- que luego eran conducidos por los arrieros a las provincias del Río de la Plata.

Por otra parte, el ciclo de la plata en el comercio terrestre se concentra precisamente cuando se descubre el gran mineral de Chañarcillo hacia 1831 en Copiapó, y aún mantienen una buena producción los minerales de Arqueros y Rodeíto. El análisis de los datos de aduana revela que la cuarta parte era destinada al comercio interno, siendo el destino preferente de esta producción Buenos Aires. También, a través de estas fuentes, la autora considera la importación de metales a Chile que abarcaba diversos tipos de plata, vale decir, en barras, monedas y chafalonía que fueron transportados por los caminos cordilleranos desde Mendoza, y ocasionalmente desde Salta, San Juan y la Rioja con destino a Chile. Los datos estadísticos analizados han posibilitado esclarecer sobre los volúmenes de minerales puestos en la circulación interna, y estimar el número de mulares empleados. Esto último es fundamental por cuanto la actividad minera activa el comercio y la generación de un micro empresariado del transporte mular, especializado en el acarreo de metales en todo el norte de Chile.

Sin restringirse en la perspectiva de la historia económica, la autora indaga sobre los distintos sectores sociales que participaron en esta actividad –los empresarios y los denominados vagamente como “mineros”. Cuestión que profundiza en el último capítulo, donde recurriendo al método prosopográfico reconstruye biografías de los más importantes exportadores, considerando su distribución regional –en Santiago o en la macro región minera del norte-. Mediante esta información, comprueba que los exportadores que actuaron en el comercio terrestre fueron mayoritariamente los mismos productores del metal, vale decir, los empresarios mineros. Este grupo difiere de los exportadores marítimos, quienes se dedicaron en su mayoría al giro comercial, sin dejar de reconocer que estos grupos interactuaban entre sí. A través de los registros de aduanas, reconstruye vinculaciones entre comerciantes chilenos, cuyanos y bonaerenses involucrados en el tráfico de metales.

Sin lugar a dudas, este trabajo constituye un importante aporte y como tal referente para futuras investigaciones. No sólo por las conclusiones a las que arriba, sino porque es sugerente en el planteo de otros problemas de estudio y esto es lo que otorga a la obra mayor valor y actualidad. Pues, bien sabemos en este siglo XXI que los trabajos no son concluyentes. La misma autora puntualiza cuestiones que ameritan futuras investigaciones. Por mi parte, su lectura resultó sugerente para formular otras preguntas –que escapen por cierto a los propósitos de este libro-, pensadas desde el otro lado de los Andes. Los archivos

Ana T. Franchín

Reseña al libro de Luz María Méndez Beltrán *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina 1800-1840*

de San Juan, Córdoba, Santa Fe, por nombrar algunos, resguardan evidencias de los actores de este tráfico, que tal vez, podría ayudarnos a revisar aspectos de sus vidas cotidianas desde otra visión, no sólo la de los viajeros europeos que tan bien reproduce la pluma de Luz María Méndez Beltrán. Es decir, la imagen de sí mismos y de sus paisanos según sus propios testimonios. Otra cuestión que despertó mi interés, es profundizar mediante el estudio de redes las conexiones entre empresarios, productores y transportistas a ambos lados de la cordillera. Son nuevos desafíos, que reitero, inspira este libro.

Ana T. Franchin

Universidad Nacional de San Juan (Argentina)